

rencias de Voltaire y la versión de Letourneau, y se propuso trasladarlas á la escena francesa; pero luchando con la dificultad invencible de encajarlas en el marco raciniano, las achica y descoyunta, de manera que sus arreglos de *El Rey Lear*, de *Romeo y Julieta*, de *Macbeth*, de *Otelo*, no ofrecen sino rayos sueltos, aunque brillantes, situaciones externas, nada que revele el pensamiento íntimo, la idea generadora del original. Es curioso lo que le ocurrió con *Otelo*, y merece referirse como signo de los tiempos. No obstante haber sustituido el autor en la muerte de Hedélmona (tal es el nombre que da á Desdémón) la almohada de Shakespeare por el clásico puñal de Melpómene, la impresión recibida por los espectadores fué terrible: se pusieron de pie; oyóse un grito unánime; muchas mujeres se desmayaron. Ducis entonces reemplazó el desenlace de la obra con otro más feliz, el cual gustó generalmente. Debe advertirse que esto acontecía cuando descargaba sus más formidables rayos la tempestad revolucionaria. No repugnaba el espectáculo de la muerte verdadera, y sí el de la fingida.

Las tímidas tentativas de Ducis no podían ser bastantes á sacar á la tragedia de los caminos trillados que recorrían, con aplauso del público, José María Chenier, Legouvé y otros. Tampoco salió de ellos la poesía lírica, que cultivaba principalmente, fuera de Andrés Chenier, el hermano de éste, que acabamos de citar, y Lebrun, cuyos himnos y odas se cantaban en las fiestas y solemnidades de la República. Muy pagados los franceses de su literatura, que consideraban perfecta, contribuían á mantenerlos en su estancamiento la ignorancia en que se hallaban ó el escaso conocimiento que tenían de las de otros pueblos, y aun de la suya propia de los siglos precedentes, como lo comprueban las explicaciones de La Harpe en la Escuela Normal, publicadas después bajo el título de *Curso de literatura*, y que tanto favor lograron. El *Curso* de La Harpe, bueno en los juicios de detalle y muy útil de consultar cuando se trata de la literatura francesa del tiempo de Luis XIV, adolece del exclusivismo de la escuela á que su autor pertenece, el cual, en materias literarias, se atuvo siempre á la autoridad de Voltaire, aunque no demostrase la misma consecuencia en las políticas y religiosas; pues en el espacio de pocos años atacó y defendió la monarquía, celebró y ultrajó á la república, declamó en el Liceo odas tiránicas y diatribas contra los regicidas, combatió el catolicismo y se declaró creyente fervoroso. Ni aun entonces dejó de haber quien censurase á La Harpe la estrechez de su criterio; Garat le reprocha, sobre todo, que quiera aprisionar á la elocuencia en las reglas del arte oratorio tal como la retórica lo define, y Guinguené, que juzgue únicamente la poesía y literatura de imaginación desde el punto de vista del gusto y de la crítica de persuasión, sin enlazarlas con la historia, la civilización y las peripecias de la sociedad, aparte de circunscribir su estudio á tres épocas, ó sea, la griega, la romana y el siglo décimo-séptimo. Carecía La Harpe de sentido histórico, y al afirmar en plena cátedra, con la misma seguridad que si sentase un hecho indiscutible, que Dante, el Petrarca y

Boccaccio habían sido contemporáneos de la toma de Constantinopla, preseiñdiendo del anacronismo en que incurría aproximando fechas distantes entre sí cerca de un siglo, revelaba desconocer la marcha seguida en su evolución por el espíritu humano. Sin que haya motivos para considerarlo como innovador radical, Guinguené tenía, y ya ha podido observarlo el lector, más claro concepto que La Harpe de la importancia de la Historia para el conocimiento de la literatura. Sus ideas, desenvueltas en la *Década filosófica*, que redactaba en unión de Andrieux, Juan Bautista Say, Volney y Garat, recibieron de él mismo la sanción de la práctica en la *Historia literaria de Italia*, que publicó pocos años después. La *Década*, sin regatear su admiración á los clásicos franceses, salva las fronteras literarias de su país, discute las nuevas teorías de los alemanes y aconseja á los poetas dramáticos que se inspiren en Shakespeare. «Bastante tiempo, escribe, hemos visto héroes en la tragedia; hora es ya de que encontremos hombres; hora es de desterrar esos personajes de convención tan perfectos, hasta en sus mismos excesos, que no parece sino que la acción trágica pasa en seres mitad hombres y mitad dioses, extraños á las funciones de la humanidad, uniendo á las pasiones de aquí abajo una pasión sobrehumana. La misma tragedia de Racine no es perfecta é inimitable más que por su estilo».

La literatura—la dramática especialmente—interviene de un modo activo durante la Revolución en la lucha de los partidos, sin que pueda saberse á cuál fué su acción más provechosa. Antes del diez de Agosto, el teatro era un palenque á donde carlistas, moderados, exaltados, iban á sostener sus opiniones. Después de esa fecha y del dos de Septiembre, se cerraron por algunos días los teatros franceses, y se proscribió de la escena toda obra que expresara cualquier sentimiento ó contuviese la menor alusión favorable á la monarquía. Vencidos los girondinos, se enseñoreó de las tablas el sentido del Terror, aplaudiéndose con frenesí el *Último juicio de los reyes*, de Marechal, obra en que los monarcas de Europa, lanzados á una isla desierta por un naufragio, después de disputar entre sí y de golpearse mutuamente, desaparecen de pronto entre las llamas de un volcán. Pasado el imperio del Terror, los teatros abominaron unánimemente de Robespierre y los jacobinos. Sin fuerzas para combatir la opinión, sin autoridad para contribuir á formarla, el teatro la seguía dócilmente. Quizás la última comedia que tuvo influencia política fué el *Amigo de las leyes*, postrer esfuerzo intentado por los amantes de la libertad moderada para resistir al desbordado torrente. Hasta esta ocasión, las comedias no habían salido del terreno de las alusiones más ó menos directas; pero en la pieza citada, Laya, su autor, quiso, empleando los procedimientos de Aristófanes, retratar á los personajes con rasgos bastante exactos para que todo el mundo pudiese reconocerlos, y si no escribió una sola obra maestra, comparable á la del inmortal ateniense, no fué por falta de atrevimiento. En el *Amigo de las leyes*, á más de satirizar á Marat, Robespierre y Danton, bajo los nombres de Duricrana, Plaudo y Nomofago, extiende la crítica al moderan-

tismo tímido, arrastrado por debilidad á los excesos de la demagogia, y al reaccionario que, por boca de Versac, otro personaje de la comedia, condena á los aristócratas emigrados, «pero espera su triunfo, sin servirles». El héroe es Forki, noble liberal, amigo del orden y de las leyes. Las gentes corrían en tropel al teatro para aplaudir ó silbar la comedia de Laya; el drama se representaba por el público más bien que por los actores; cada noche se libraba una batalla; los espectadores venían á las manos; intervino la municipalidad prohibiendo las representaciones; una orden de la Convención las autorizó de nuevo, hasta que, al fin, el *Amigo de las leyes* desapareció de la escena con la libertad dramática de que había sido el último eco. Desde entonces, duerme el sueño del olvido: obra de circunstancias, tuvo un éxito momentáneo, que no justificaba su escaso valor literario.

Los tiempos de revolución no son propicios al florecimiento de la comedia; sobreexcitados los ánimos, carece el poeta de la calma é independencia necesarias para apreciar el lado cómico de las cosas. Y, sin embargo, por un contraste singular, en la época de la Convención se ostenta en el teatro con más franqueza que nunca la alegría propia del carácter francés. Reina el *vaudeville*, y más de cuarenta teatros son insuficientes para satisfacer este gusto del público. El rígido Saint-Just, que veía con ojos hurraños cómo se multiplicaban los lugares destinados á frívolos pasatiempos, atribuye el hecho, que lamenta, al gran número de personas que vivían á expensas del Estado y la ciudad. Su nivel intelectual no podía ser muy elevado, y no debe sorprender que prefiriesen al melodrama, la tragedia y la alta comedia, cuyas bellezas no comprendían, el *vaudeville*, ligero de acción y aderezado con picantes coplillas. Por otra parte, los espíritus mantenidos en tensión constante por las escenas, ya sublimes, ya horrorosas de la Revolución, buscaban en el teatro un desahogo, una compensación á las fuertes impresiones de la realidad. Esto nos ayuda á comprender otro fenómeno que se observa en la literatura del tiempo, y es la afectación y ñoñería que la infestan. Pocos días después del veintuno de Enero, se representaba *Las mujeres*, pieza que excedía en sosez á cuanto hubiese podido imaginar el discípulo más exagerado de Marivaux; y caliente aún la sangre vertida el dos de Septiembre, todo París admiraba á la señorita Candeille, célebre actriz, en *La bella arrendataria*, comedia pastoral de su composición. Se reimprimían las novelas de La Calprenede y de la señorita Scudery, y el *Almanaque de las Musas* publicaba invariablemente charadas, cuentos y logogrifos. «Se daban á la estampa, dice madama Staël, novelas intituladas *Nuevo viaje sentimental*, *La amistad peligrosa*, *Úrsula y Sofía*; en fin, toda la insulsez y frivolidad de la vida subsistían al lado de sus más sombríos furoros.» En la época del Directorio, el teatro y, en general, todos los géneros literarios se resienten aún de mayor insustancialidad y ligereza, sobre que, tocados de la licencia dominante, cooperan eficazmente á la corrupción de las costumbres.

Si con la Revolución prosperan poco las bellas letras propiamente dichas, en cambio, por su influencia se desarrolla y llega á su apogeo la literatura aplicada á la política, bajo las formas de la elocuencia parlamentaria y el periodismo. Conocida de nuestros lectores la acción ejercida por una y otro en la marcha de los sucesos, aquí nos corresponde únicamente decir algo de ellos en relación con el objeto que nos ocupa.

«La elocuencia sublime no pertenece más que á la libertad»; esta sentencia, sugerida á Voltaire por el recuerdo del agora de Atenas y el foro romano y cuya exactitud se comprobaba con el ejemplo de Inglaterra, iba á recibir plena confirmación en las asambleas republicanas de Francia. «Entre esos seiscientos diputados de los Ayuntamientos, con corbata blanca, se pregunta Tomás Carlyle en su *Historia de la Revolución francesa*, reunidos para regenerar al país, ¿cuál será el rey? ¿Será ese de espesa cabellera, de terrible aspecto, cometa centellante, ante el cual vacilarán los tronos? Al través de sus espesas cejas, en los rasgos marcados y severos de su fisonomía, en su semblante arrugado y manchado, se lee la peste, el libertinaje, la muerte, pero también la llama del genio». El hombre á quien se alude en las líneas transcritas no es otro que Mirabeau, tribuno incomparable, orador parlamentario sin rival, al estilo moderno, siendo su pensamiento tan potente que la pasión, lejos de oscurecerlo, parecía iluminarlo, y discurriendo tanto mejor cuanto más encolerizado estaba. Tenía el don de pensar de pie, en lo que, según lord Brougham, consiste la elocuencia. Formidable en el ataque, contundente en la réplica, razonador y mordaz, vehemente é ingenioso, su palabra aplastaba como una maza y hería á manera de estilete. El gran discurso que pronunció cuando, para cerrarle las puertas del gobierno, presentó una proposición pidiendo que no pudiera ser ministro ningún miembro de la Asamblea, es modelo de lógica incontrastable, de varonil arrogancia y de incisiva ironía. «No puedo creer, decía, que el autor de la proposición pretenda seriamente que de la Asamblea nacional no pueda salir un buen ministerio.... No puedo pensar que se haga á todos los miembros de esta Asamblea la ofensa de imaginar que, en caso de ser llamados al ministerio por haber cumplido sus deberes de ciudadanos, dejarán de cumplirlos en el momento en que sean ministros.... Tengo para mí, señores, que puede parecer conveniente impedir que un individuo determinado de esta Asamblea entre en el ministerio; pero como no es justo que para conseguir esta ventaja aislada se sacrifique un gran principio, propongo que se modifique la proposición en el sentido de que sean excluidos del ministerio aquellos individuos de la Asamblea á quienes el autor de la proposición parece temer y á quienes quiero descubrir. Sólo dos personas hay en la Asamblea que puedan ser blanco secreto de la proposición: el autor de la misma y yo. Comienzo por nombrar al autor, porque es posible que, en su modestia ó en su poca fé en su valor, haya llegado á abrigar el recelo de que se le dé una gran prueba de confianza y quiera prepararse, para este caso, un medio de renuncia haciendo general la exclusión. Y luego

me nombro á mí mismo, porque en todas partes circulan rumores, á los que es probable que haya dado crédito el autor de la proposición, y que me juzgue tal como yo me juzgo, que me crea inepto para cumplir una misión que yo mismo confieso que es superior, sino á mi celo y á mi valor, por lo menos á mis talentos y mis conocimientos. Por esto propongo yo que se modifique la proposición en el sentido de que sólo sea excluido el señor Mirabeau, diputado por el distrito de Aix». Cuando la nobleza le rechaza de sus filas, llamándole tráfuga, tiene este magnífico arranque: «Así, exclama, pereció el último de los Gracos; pero antes de expirar, arrojó hacia el cielo un puñado de polvo, tomando por testigos á los dioses vengadores, y de ese polvo nació Mario; Mario, menos grande por haber vencido á los cimbrios y teutones que por haber abatido en Roma la aristocracia». —«Á mí también se me ha llevado en triunfo, decía en la famosa sesión del veintidós de Mayo, y, sin embargo, oigo gritar: ¡La gran traición del conde de Mirabeau! No necesitaba de ese ejemplo para saber que no hay más que un paso del Capitolio á la roca Tarpeya». Al mismo discurso pertenece esta otra frase: «Contestad si podéis, y luego calumniad tanto como queráis». El grupo dirigido por Barnave y los Lameth le interrumpía á menudo; pero Mirabeau le imponía silencio diciendo con soberano desdén: «Callen esos treinta». Es difícil que ningún hombre haya reunido tantas y tan prodigiosas facultades para dominar en la tribuna. Su alta estatura y su corpulencia despertaban la idea de la fuerza; sus ojos despedían rayos; su voz semejaba al trueno; su rostro se arrugaba y contraía como el del león al lanzarse sobre su presa. Muchos años después de la Revolución, los contemporáneos del tribuno se estremecían aún al recordar su gesto, su tono, su expresión, cuando evocaba el fantasma de la bancarrota, pronunciando estas enérgicas palabras: «La bancarrota, la vergonzosa bancarrota está ahí, amenaza consumiros, á vosotros y á vuestras propiedades, y, á pesar de ello, ¡deliberáis!» La figura de Mirabeau empequeñece las de los otros oradores de la Constituyente, aun los más notables. Sus enemigos y envidiosos, queriendo molestarle, elogiaban sin medida á Barnave, á quien adjudicaban el cetro de la elocuencia. No obstante, Barnave, orador distinguido, era más bien abogado de innegable talento que tribuno de genio. Entre los amigos de la corte descollaron el abate Maury y Cazalís. El primero, aunque enfático y declamador, poseía gran memoria, mucha erudición y poderosos medios físicos; el segundo, falto de instrucción metódica, estaba dotado de excelentes condiciones naturales, y la nobleza de sus sentimientos prestaba elevación á sus ideas y calor á su palabra.

Las discusiones en la Constituyente fueron, hasta cierto punto, sosegadas y tranquilas. No así en la Legislativa, y todavía menos en la Convención. Exaltadas las pasiones hasta el paroxismo, la elocuencia dejó de ser el medio de convencer ó persuadir, para convertirse en arma con que se defendía la vida ó se enviaba á la guillotina al adversario. En el duelo á muerte entablado entre girondinos y jacobinos, la oratoria de unos y otros re-

viste distintos caracteres, reflejando no sólo las tendencias y modo de ser, sino la posición respectiva de cada partido. Al abrirse la Convención, los girondinos estaban al frente del gobierno, pero la fuerza pertenecía de hecho á sus contrarios. Dislocado el centro del poder, se hallaba en las secciones, en los clubs, en el Ayuntamiento. Comprendiendo los girondinos la debilidad de su situación, trataron desde los primeros momentos de crearse una mayoría resuelta en la nueva Asamblea; mas sus incertidumbres y vacilaciones y el temor que les inspiraban los jacobinos, esterilizaron sus esfuerzos. Enfrente de un enemigo implacable, que acecha la ocasión de perderlos, no disponen para atacar y defenderse de más arma que la palabra. De ahí que los resortes de su elocuencia sean casi invariablemente la ironía, la invectiva, la indignación, el apóstrofe. En este terreno, único, repetimos, donde las circunstancias les permiten moverse, se batan con decisión y arrojo. No bien la Convención ha inaugurado sus tareas, al proponer Kersaint que se nombre una comisión encargada de examinar el estado de Francia y, especialmente, el de París, dice: «Ya es hora de que se levanten cadalsos para los asesinos». Buzot, Foufrede, Ducos, Louvet, los más jóvenes ó más apasionados de los oradores de la Gironda, hacen blanco de sus desprecios á los montañeses y los fustigan con sus sarcasmos. El primero, sobre todo, tiene el privilegio de irritarles, y su acerada palabra se clava en sus carnes como una saeta. Les da las gracias por los insultos que le dirigen, porque «le honran con ellos», y los compara á los reptiles, que salen á la superficie de la tierra después de la tempestad. Gaudet es no menos agresivo. «Se quiere, exclama dirigiéndose á la mayoría, rodearos de una opinión ficticia, que os oculte la verdadera. Esa opinión ficticia es como el chirrido de algunos sapos (*Marat interrumpiendo*: Vil pájaro, cállate.); es como el chirrido de algunos sapos, que, según no sé cuál viajero, ciertos salvajes toman por la expresión de la voluntad de su dios». Gensonné no teme sondear con su mirada los abismos del alma de Robespierre. «Si han contribuido á salvar la libertad, dice de los jacobinos, lo han hecho por instinto, como los gansos del Capitolio; pero ciertamente el pueblo romano, por agradecimiento á esta especie de libertadores, no les erigió en dictadores, ni en cónsules, ni les hizo árbitros supremos de sus destinos».

No es siempre tan ardiente y apasionada la elocuencia de los girondinos. A menudo, como si adivinaran la suerte que les espera y se resignasen de antemano al sacrificio, adoptan un tono de serena tristeza y noble melancolía. El penúltimo discurso que pronunció Vergniaud, que fué el primer orador de la Gironda y el más grande de la Revolución después de Mirabeau, deja la impresión de una despedida á la esperanza, de un adiós solemne dado á la vida. Después de describir á grandes rasgos, con tanta precisión como firmeza, los principales acontecimientos y pasiones de cuyo seno habían surgido tantos odios, decía Vergniaud: «Entonces, ciudadanos, ha podido temerse que la Revolución, devorando sucesivamente á sus hijos, como Saturno, engendrara, al fin, el despotismo,